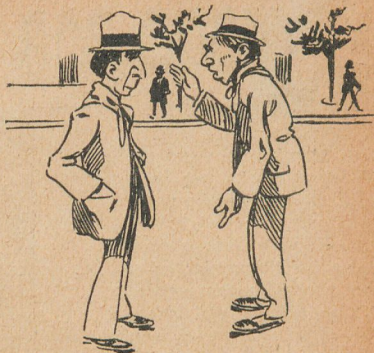
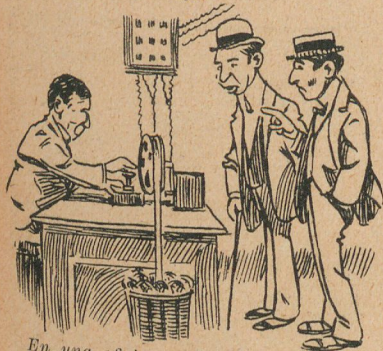




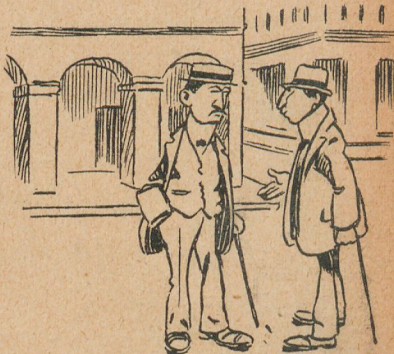
El médico, después de auscultar al enfermo, que está gravísimo:
 —¿Está usted contento en esta casa?
 —Sí, señor.
 —¿Y cuánto paga usted de alquiler?
 —Doscientos pesos mensuales.
 —¿Y qué tal la vecindad?
 — Toda es gente pacífica y bondadosa.
 —¿Y el casero?
 —Un señor muy amable y complaciente.
 —¿Dónde vive?
 —Pero, ¿por qué me hace usted estas preguntas?
 —Porque pienso mudarme, y como este cuarto me conviene, pienso tomarlo el día que usted se vaya.



Entre raspas:
 —¿Piensas mudarte á este barrio?
 —No.
 —¿Por qué?
 —Porque vive en él muy mala gente. No se encuentran por aquí más que individuos de la policía.



En una oficina telegráfica:
 —No comprendo cómo dando golpes en un extremo, se escribe lo mismo en el otro á tantas leguas de distancia.
 —Porque eres muy torpe. Písale la cola á tu perro y verás que es la boca con lo que ladra.



—¿Me haría usted el favor de decirme en dónde está el ciego á quien socorro todos los días?
 —En este momento ha ido á ver qué hora es en el reloj de la Municipalidad.



—No me hables de los hombres. Los odio á todos.
 —Pero, ¿por qué?
 —¡Ah! ¡Si se pudiera recluir á todos los hombres en un país y á todas las mujeres en otro, poniendo entre ambas tierras un mar, se modificarían las costumbres de la sociedad!
 —Lo que sucedería es que sería incalculable el número de ahogados.



—Ché, Tiburcio, el niño comenzó á hablar esta tarde.
 —¿Dónde?
 —En Palermo. Lo llevé ante la jaula de los monos y exclamó: ¡Papá!

CASTRO RIVERA